

El paraíso

« [...] Eleva mi voz, y lo que es débil
en mí sostén, y limpia y ilumina
lo inmundo y tenebroso, porque pueda
subir de un vuelo al encumbrado asunto,
y justificar la eterna Providencia...».

Con estas palabras, el ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos traduce bajo su visión *El Paraíso perdido* de John Milton. Ese lugar de esperanza y sosiego que en tiempo de Pascua, toma especial relevancia. Para Joseph Haydn (1732 -1809), Londres quedaría identificado como ese lugar, frente a la necesidad espiritual anhelada por un Ludwig van Beethoven (1770 -1827), cuya sordera incipiente llenaba de inseguridad. Ambas visiones dan muestra del avance de la Ilustración, en la que el arte lógico, eficaz y consumado de Haydn, va dejando paso al mundo interior romántico en el que Beethoven lucha por la libertad, su paraíso.



FRANZ JOSEPH HAYDN (1732 – 1809)

SINFONÍA N.º 104 “LONDRES” EN RE MAYOR

Desde 1770, la música de Haydn fluye por Europa de la mano de la actividad editorial. Eso supuso para el compositor austriaco una fama creciente en el continente, y a la vez, un cambio de estilo que define el período final de su actividad creadora. Una etapa, donde queda demostrada la madurez artística del maestro, fruto del intelecto, y que hace de la sinfonía, el género más depurado hasta el momento.

Sin embargo, el deber no le permitió salir más allá de los muros del palacio Esterháza, hasta que en septiembre 1790 su patrón, el príncipe Nikolaus Esterházy, falleció. Fue entonces, cuando la permisividad y el escaso interés del sucesor por mantener la tradición musical familiar, le hicieron aceptar la propuesta del empresario y violinista Johann Peter Salomon, de ir a Londres.

La estancia en la capital británica supuso para Haydn una experiencia muy intensa. Londres era la ciudad más vibrante del momento, y su llegada causó una gran sensación en las dos ocasiones en que la visitó: la primera de 1791 a 1792 y la segunda, de 1794 a 1795. Sin duda, este periplo británico le ofreció numerosas oportunidades a nivel económico, personal y musical, con la interpretación de conciertos, roces amorosos y el honor de ser nombrado doctor *honoris causa*. Haydn, se referiría a sus años en Inglaterra como los más espléndidos de su vida. Un estado de ánimo que le permitió componer lo mejor de su producción sinfónica: las llamadas *Sinfonías de Londres* o *Sinfonías Salomon*, en honor al motivador de la gira.

Bajo esta denominación, se hace referencia al conjunto de las doce sinfonías (n.ºs 93-104) que el maestro austriaco compuso en el período de sus dos estancias londinenses. Todas ellas, constituyen las más sobresalientes de su repertorio y las de mayor repercusión, de las cuales, será la última de este ciclo sinfónico la que se incluye en el programa: la *Sinfonía n.º 104 en re mayor, Londres* (1795).

Esta pieza fue compuesta en 1795 durante la última visita de Joseph Hadyn en Londres, y estrenada el 4 de mayo de ese mismo año en el King's Theatre de la capital, con gran aceptación. Curiosamente, fue esta la que recibió el sobrenombre *Londres* frente a las once restantes del ciclo. Una identidad que la hace distintiva, especialmente, por ser también la que cierra la dilatada creación sinfónica del músico.

El primero de los cuatro movimientos de la sinfonía, comienza con una introducción majestuosa en *adagio*, en la que toda la orquesta irrumpe dramáticamente en re menor, dando paso a la cuerda. Un inicio cautivador, que continúa en *allegro* para dar paso a una forma sonata monotemática, ejecutada en primer lugar por la cuerda, y con una nueva personalidad tímbrica y tonal, por la familia de viento madera. Se trata de un movimiento muy sencillo, cuyas secciones quedan claramente divididas a través de pequeñas pausas.

Tras su flamante *coda*, es el momento del segundo movimiento. Se trata de un *andante* en forma ternaria, en la que la primera sección, de carácter sereno, difiere con una segunda sección más vigorosa. Nuevamente vuelve a la música inicial, y tras una pausa protagonizada por la flauta, finaliza con una repetición inesperada de dicho tema. Asimismo, esta organización tripartita es compartida igualmente por el tercer movimiento, un alegre minuetto que contrasta

con un trío más inocente donde los vientos, especialmente el oboe, adquieren el protagonismo ante la inminente vuelta del minueto.

Por su parte, el final de la sinfonía es lo más recordado. Se trata de un *allegro spiritoso* en forma sonata, en la tonalidad principal y cuyo tema procede de una atractiva canción popular. Un carácter que contrasta con los valores largos del desarrollo, aconteciendo una sensación de nostalgia, la cual queda olvidada con la reexposición, y la despedida a *tutti* de la última sinfonía de Haydn.

LUDWIG VAN BEETHOVEN (1770 – 1827)

MISA EN DO MAYOR, OP. 86

Seguidamente, el programa continúa con la *Misa en do mayor, op. 86* (1807) de Beethoven. Se trata de una pieza de texto latino, centrada en las partes del ordinario de la misa, y caracterizada por ser la primera incursión sacra de un músico ampliamente respetado a nivel profano e instrumental.

Dicha fama en el ámbito musical del momento, fue lo que motivó al príncipe Nikolaus Esterházy II, solicitar el encargo de una misa para la celebración del onomástico de su esposa, María Josepha Hermengilde Esterházy. Sin embargo, el cometido resultó ser bastante incómodo para el músico alemán: además de ser un género novedoso para él, Beethoven sentía el precedente que en años previos su maestro Haydn había marcado para esa tradición familiar, especialmente, en un momento en el que la inestabilidad emocional se hacía presente, debido a los indicios de su sordera.

Finalmente, y tras una serie de retrasos, la misa se estrenó el 17 de septiembre de 1807 para el oficio litúrgico conmemorativo,



celebrado en la Bergkirche de Eisenstadt (Austria). Su acogida fue fría, decepcionando enormemente al príncipe, dando lugar, según Charles Rosen, al «error público más humillante de Beethoven». Ello ha conllevado que esta creación sea una de las obras menos interpretadas del músico alemán, a pesar de ser hoy gratamente aceptada por la crítica. En sí, se trata de una misa que sorprende por la prudencia y la tradición, ante el carácter habitual de Beethoven de transformar de manera genial la herencia recibida. Muestra de ello es la estructura y la plantilla instrumental (cuatro solistas, como mixto y orquesta de vientos al completo) inspirados en Haydn, así como en la sencillez tonal en Do mayor, habitual en el estilo clásico vienés.

No obstante, el resultado de la *Misa en Do Mayor* constituye un fiel reflejo de la situación de este género en el momento de su composición, evocando la sensación de estar sometido a influencias contradictorias. En los albores de un nuevo siglo prometedor, la misa como género sacro presenta una identidad estilística propia, con la mirada puesta en las técnicas del pasado, más que en el propio presente. Un ejemplo de ello es la influencia del contrapunto barroco en las voces, la influencia descriptiva del texto en la música, o la clara organización de los solistas y conjuntos en cada número, heredada de la ópera.

Como es habitual, la misa comienza con un breve *Kyrie* a modo de invocación, destacando la serenidad y lirismo de los solistas, sólo rotos por el contraste coral en la parte central (*Christe eleison*), finalizando con la melodía inicial. El *Gloria*, de estructura tripartita, emprende un canto de alegría que queda interrumpido por el pasaje funesto de la contralto, identificada con el pecado, seguido del llanto del coro (*miserere*), y la entrada contrapuntística del resto

de solistas. Un ruego fervoroso, que concluye nuevamente con el júbilo, declarado con fuerza por toda la plantilla instrumental.

Por su parte, el *Credo* irrumpe de manera combatiente y simultánea, dando paso al relato de los solistas (*et incarnatus est*) el cual, es enfatizado por un coro que atiende a sus mensajes. Sin duda, una presencia del figuralismo, donde la música representa el mensaje latino en cada verso, ante la fuga final del coro (*et vitam venturi*) y su insistente, pero grandioso cierre.

Se hace el silencio y, con gran recogimiento, nace el *Sanctus*. En él, el coro como gran protagonista *a capella*, queda sucesivamente mecido por las maderas hasta la irrupción de un victorioso *Hossana*. Tras este, los solistas son los responsables de guiar el *benedictus* que acontece, y la vuelta al tema triunfal. Finalmente, el programa concluye con el *Agnus Dei* (cordero de Dios). Un canto alegórico que describe a Jesucristo como víctima en oblación por los pecados humanos, a semejanza del sacrificio del cordero en la Pascua judía. Ello, es realizado mediante una luctuosa invocación coral intercalada por el clarinete, y seguida de un pacífico *Dona nobis pacem* (danos la paz), que rememora en conclusión, el comienzo de la misa.

En definitiva, desde el éxito de Haydn al desamparo de Beethoven, a lo largo de este concierto hemos podido comprobar el anhelo mismo del ser humano por alcanzar lo superior: el camino, el sacrificio y por fin, la excelencia. Sin embargo, el tiempo de las luces logrado no es suficiente, y la perfección ilustrada debe dar paso al romanticismo, cuya búsqueda sempiterna hacia lo supremo, elevará la voz y algún día, traerá la paz. Ahora sí, el paraíso.

José María Casas Raya

LUDWIG VAN BEETHOVEN
MISA EN DO MAYOR, OP. 86

KYRIE

Kyrie eleison,
Christe eleison!
Kyrie eleison!

GLORIA

Gloria in excelsis Deo!
et in terra pax hominibus bonae
voluntatis,
laudamus te, benedicimus te,
adoramos te, glorificamos te!
Gratias agimus tibi propter magnam
glorian tuam.
Domine Deus, Rex coelestis,
Deus Pater omnipotens,
Domine Fili unigenite Jesu Christe!
Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patri,
qui tollis peccata mundi,
miserere nobis.
Qui tollis peccata mundi,
suscipe deprecationem nostram,
miserere nobis.
Quoniam tu solus sanctus, quoniam tu
solus Dominus,
tu solus altissimus,
cum sancto Spiritu in gloria Dei Patris.
Amen.

LAVA ME

Credo in unum Deum, Lava me,
Sursum corda
Habemus ad Dominum
Dignum et iustum es.

KYRIE

Señor, ten piedad,
¡Cristo, ten piedad!
¡Señor, ten piedad!

GLORIA

¡Gloria a Dios en las alturas!
y en la tierra paz a los hombres de buena
voluntad,
¡te alabamos, te bendecimos,
te adoramos, te glorificamos!
te damos gracias por tu excelsa gloria.
Señor Dios, Rey de los cielos,
Dios Padre todopoderoso,
¡Señor Hijo único Jesucristo!
Señor Dios, cordero de Dios, Hijo del Padre.
Tú que borras los pecados del mundo,
ten misericordia de nosotros.
Tú que borras los pecados del mundo,
oye nuestros ruegos,
ten misericordia de nosotros.
Porque Tú eres Santo, porque Tú el solo
Señor,
Tú el solo Altísimo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios
Padre.
Así sea.

LAVA ME

Creo en un solo Dios
Levantemos el corazón
Lo tenemos levantado
hacia el Señor.

CREDO

Credo in unum Deum,
 Patrem omnipotentem,
 factorem coeli et terrae,
 visibilium omnium et invisibilium.
 et in unum Dominum Jesum Christum,
 Filium Dei unigenitum,
 et ex Patre natum ante omnia saecula.
 Deum de Deo, Lumen de Lumine,
 Deum verum de Deo vero, genitum,
 non factum, consubstantialem Patri;
 per quem omnia facta sunt.
 Qui propter nos homines et nostram
 salutem descendit de coelis.
 Et incarnatus est de Spiritu Sancto
 ex Maria Virgine, et homo factus est.
 Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio
 Pilato;
 passus et sepultus est.
 Et resurrexit tertia die, secundum
 Scripturas.
 Et ascendit in coelum,
 sedet ad dexteram Patris.
 Et iterum venturus est,
 cum gloria, iudicare vivos et mortuos,
 cujus regni non erit finis.
 Et in Spiritum Sanctum,
 Dominum et vivificantem:
 qui ex Patre Filioque procedit.
 Qui cum Patre et Filio simul adoratur
 et conglorificatur:
 qui locutus est per Prophetas.
 Et unam, sanctam,
 Catholicam et apostolicam Ecclesiam.
 Confiteor unum baptisma
 in remissionem peccatorum.
 Et expecto resurrectionem mortuorum,
 et vitam venturi saeculi. Amen.

CREDO

Creo en un solo Dios,
 Padre todopoderoso,
 Creador del cielo y de la tierra,
 y de todas las cosas visibles e invisibles.
 Y en un solo Señor Jesucristo,
 Hijo único de Dios,
 nacido del Padre antes de todos los siglos.
 Dios de Dios, luz de luz,
 Dios verdadero, de Dios verdadero,
 engendrado, no creado,
 consubstancial al Padre:
 por quien todas las cosas han sido creadas.
 Que, por nosotros los hombres y por
 nuestra salvación,
 bajó de los cielos.
 Y tomó carne
 de Maria Virgen por obra del Espíritu
 Santo, y se hizo hombre.
 Fue crucificado por nosotros, bajo el poder
 de Poncio Pilato,
 padeció y fue sepultado.
 Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.
 Y subió al cielo;
 y está sentado a la diestra del Padre.
 Y ha de venir, con gloria
 a juzgar a los vivos y a los muertos;
 y su reino no tendrá fin.
 Creo en el Espíritu Santo,
 Señor y vivificador,
 el cual procede del Padre y del Hijo,
 que juntamente con el Padre y el Hijo es
 adorado
 y glorificado;
 que habló por boca de los Profetas.
 Creo en la Iglesia, que es una, Santa,
 Católica y Apostólica.
 Confieso que hay un solo bautismo
 para la remisión de los pecados.
 Y espero la resurrección de los muertos
 y la vida del siglo venidero. Así sea.

SANCTUS

Sanctus, Sanctus, Sanctus,
Dominus, Deus Sabaoth!
Pleni sunt coeli et terra
gloria tua.
Osanna in excelsis.

BENEDICTUS

Benedictus, qui venit in nomine
Domini.
Osanna in excelsis.

AGNUS DEI

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
miserere nobis.
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi,
miserere nobis.
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona
nobis pacem.

SANCTUS

¡Santo, Santo, Santo,
es el Señor Dios de los ejércitos!
Llenos están los cielos y la tierra
de Tu Gloria.
Hosanna en las alturas.

BENEDICTUS

Bendito sea el que viene en el nombre
del Señor.
Hosanna en las alturas.

AGNUS DEI

Cordero de Dios, que quitas los pecados
del mundo,
ten misericordia de nosotros.
Cordero de Dios, que quitas los pecados
del mundo,
ten misericordia de nosotros.
Cordero de Dios, que quitas los pecados
del mundo,
danos la paz.